

¿Hacia dónde va el Sudeste asiático?

ES un fenómeno físico conocido que si dos fuerzas chocan de frente sin que una de ellas consiga anular a la otra, tenderán a desviarse en otras direcciones, con lo que proseguirá el enfrentamiento de otra forma. A una evolución semejante estamos asistiendo actualmente en el Sudeste asiático.

En Vietnam no han bastado ni una guerra feroz y larga ni la penosa Conferencia de París para acabar con el conflicto. Ninguna de las dos partes es capaz de triunfar sobre la otra en el campo de batalla o de hacer ceder al adversario en torno a la mesa de negociaciones. Es, pues, inevitable que el combate se desarrolle en nuevos frentes. Hasta ahora el enfrentamiento se desarrollaba sobre un eje Norte-Sur; ahora se extiende en dirección Este-Oeste. Ello explica la reactivación en Laos de una guerra que parecía adormecida y que ha cobrado nuevo vigor de un año a esta parte; también explica su reciente extensión a territorio camboyano, algo que han provocado insensatamente los que derrocaron y sustituyeron al príncipe Sihanuk. Los militares americanos llevaban ya meses soñando con intervenir en Camboya; los incidentes que siguieron al golpe de Estado los lanzaron de lleno al combate, del mismo modo en que, hace años, los militares franceses se precipitaron sobre Suez, sin tener en cuenta un contexto político que los destina al mismo fracaso final.

PERO no es todo. No debe sorprendernos el que, en el curso de los próximos meses, la guerra se extienda a Tailandia primero, luego a Birmania y a Malasia (y tal vez hasta la India), donde hay ya zonas enteras que escapan a la autoridad de los respectivos Gobiernos y que están bajo el control de unos cuantos movimientos sobre los que apenas si tenemos información, pero que se parecen mucho a los que hemos visto desarrollarse en los países de la antigua Indochina francesa.

Las formaciones políticas y militares, que encuadran las rebeliones vietnamita, laosiana y camboyana, acaban de precisar sus orientaciones y sus perspectivas en una «Conferencia en la Cumbre», que ha reunido a sus representantes con los de la República Democrática de Vietnam, a mediados de abril, en las inmediaciones de Cantón. Sihanuk, por otro lado, se ha instalado en Pekín (lo que según parece no ha sido del agrado ni de París ni de Moscú). Las organizaciones revolucionarias de Tailandia, Malasia y Birmania se benefician abiertamente del apoyo chino. De este modo se constituye un bloque fuertemente influido por China, cuyo ascendente sobre las masas del Sudeste asiático, y en especial las masas campesinas, no hay que subestimar.

FRONTE a este bloque, los Gobiernos de Corea del Sur, de Tailandia, de Vietnam del Sur y de Indonesia han reaccionado concediendo su apoyo a la junta de Fnom Penh; los de Filipinas, Singapur y Australia, por su parte, parecen decididos a seguir sus pasos. Tenemos aquí, evidentemente, otro grupo igualmente importante y que, bajo la égida de Estados Unidos, secunda a este país en su esfuerzo bélico (1). En toda esta zona coinciden guerras civiles e internacionales, unas frías y otras calientes. Gracias a sus abundantes medios militares, los Estados Unidos y sus aliados podrán dominar las llanuras del Sudeste asiático, los deltas, los puertos, los aeródromos, las grandes ciudades. Las regiones menos accesibles, más montañosas, y para el

(1) Si termina afirmándose esta división de Asia en dos bloques opuestos, sería presuntuoso prejuzgar qué postura adoptaría el Japón en el conflicto. Es este un aspecto del problema sobre el que les interesa reflexionar a los políticos americanos.

colmo contiguas a China, por el contrario, escaparán cada vez más al control de los Gobiernos y caerán, las que aún no lo están, bajo la autoridad de las formaciones políticas comunistas o aliadas de los partidos comunistas. Asistiremos así probablemente a la extensión de las regiones en las que se ejerce directamente la influencia de Pekín, mientras que los americanos podrán mantener o instalar, en la periferia y especialmente a lo largo de las costas, Gobiernos que les sean devotos.

SEMEJANTES perspectivas conducen, inexorablemente, a la prolongación indefinida de un conflicto cada vez más agudo, cuyas consecuencias pueden ser nefastas. Está claro, en efecto, que ni China ni Estados Unidos querrán soltar prenda si no se modifica sustancialmente el contexto en que se desarrolla el conflicto. Temen, en efecto, que puedan instalarse o consolidarse en la región regímenes o estructuras políticas susceptibles de servir de bases de partida a futuras operaciones políticas dirigidas no ya contra este o aquel pequeño Estado, sino contra el adversario principal. El móvil de la política seguida por ambas partes es el temor y la voluntad de obstaculizar, por todos los medios, lo que cada una de ellas llama el imperialismo de la otra. Los chinos están convencidos de que el objetivo real del Pentágono es emprender, cuando llegue la hora, una guerra de agresión dirigida contra ellos (2); los Estados Unidos, por su parte, están también convencidos de que la China comunista quiere conquistar, uno por uno, todos los países del Sudeste asiático para amenazar después a Australia e incluso a la América Latina. El miedo es siempre mal consejero; sólo por él se explican las iniciativas y las maladas más peligrosas y más imperdonables de los últimos años y de las últimas semanas.

DE ser correcto este análisis, nos ayudará a encontrar el camino de una solución. Si se pudiese convencer a los Gobiernos de Pekín y de Washington de que en adelante las naciones del Sudeste asiático no servirán de trampolín para acciones agresivas dirigidas contra ellos, se reducirían sus temores y se conseguiría su objetivo esencial y, al mismo tiempo, la paz. Todo esto demuestra la necesidad de una nueva organización de toda la región que garantice su tranquilidad y su neutralidad en interés de los países de aquel sector, así como el de los dos grandes.

Esto es, en cierto modo, lo que se trató de conseguir en Ginebra, en 1954, con los tres Estados de la antigua Indochina francesa. Tenemos que reconocer que no ha sido el mundo comunista el que ha roto el delicado equilibrio entonces acordado. Hoy no sólo tenemos que restablecer ese equilibrio perdido, sino que debemos extenderlo igualmente a la totalidad de los países que constituyen el Sudeste asiático. Ha llegado la hora de que todos comprendan que un acuerdo concebido en este espíritu constituye la única solución posible para este drama del que son víctimas inocentes los pueblos arrastrados desde hace treinta años a una serie de conflictos y guerras de todo tipo; un drama que podría cobrar mayores proporciones en cualquier momento si la lucidez y, en caso necesario, el valor de los hombres de Estado responsables no ponen término a las escaladas. ■ P. M. F. (Copyright, 1970. Agencia Laure Forestier.—TRIUNFO.)

(2) La declaración del Gobierno chino, a raíz de la invasión de Camboya por las tropas americanas, es altamente reveladora a este respecto. Entre otras cosas, se dice en ella: «La agresión del imperialismo americano contra Camboya y la extensión de su guerra de agresión en Indochina constituyen una provocación frenética, lanzada no solamente al rostro de los tres pueblos indochinos, sino también al del pueblo chino».